3

LAS DEFENSAS DEL *OPPIDUM*: EMPLAZAMIENTO Y FORTIFICACIÓN

Ignasi Grau Mira
Josep Maria Segura Martí

Toda persona que se aproxime a El Puig y lo vislumbre desde la distancia reconocerá claramente el emplazamiento del antiguo poblado ibérico. El principal rasgo que delata la ubicación de la fortaleza es precisamente la forma del cerro con acusadas pendientes en forma de farallones rocosos en sus caras norte, sur y oeste y con fuertes pendientes en la vertiente oriental. Quien quiera alcanzar el poblado se verá obligado a recorrer un empinado camino que asciende por el costado oriental del monte con pendientes que van desde los 4º hasta los 20º de desnivel. Ese recorrido es, sin duda, el que debieron recorrer los antiguos habitantes de El Puig, pues es el único transitable en condiciones normales y sin necesidad de trepar. No es de extrañar que en este único acceso es donde se concentraron las principales construcciones de fortificación que defendían el acceso al poblado. En este capítulo dedicaremos nuestra atención a analizar las defensas del *oppidum*, que están formadas por las construcciones de cierre del poblado y por las condiciones topográficas del propio cerro. Para ello nos centraremos en primer lugar con un análisis morfológico de las características físicas del solar del poblado y sus límites naturales. A continuación describiremos las estructuras arquitectónicas y por último nos referiremos a las funciones y el sentido de la fortificación en su ámbito territorial.

La fortificación es el primer sector en el que se centraron las excavaciones de las que ahora rendimos cuenta. Los restos visibles de una monumental construcción de cierre del poblado eran los restos más destacados y significativos de cuantos se observaban en superficie. Sin embargo, las dificultades para la excavación de este sector fueron enormes, habida cuenta de la cantidad de bloques de piedra amontonados sobre las edificaciones antiguas y que constituían derrumbes de varios metros de espesor. Ello hacía necesario el desplazamiento de enormes masas de piedra. Ese primer trabajo de desescombro había de realizarse exclusivamente a mano, debido a la imposibilidad de trasladar maquinaria de obra, pues la cima de El Puig carece de acceso rodado.

En tales condiciones, la excavación completa de la fortificación se presentaba como una costosa tarea de campo en la que se debían destinar numerosos recursos económicos y humanos. Las excavaciones de El Puig no contaron con la financiación suficiente para abordar completamente el trabajo de desescombro y el grupo de estudiantes y licenciados que colaboraban desinteresadamente no podía ser sometido a una peligrosa y penosa tarea de desplazamiento de rocas. Estas limitaciones han condicionado de forma decisiva el alcance de los trabajos en la torre. Queremos hacer esta consideración de inicio para justificar los resultados que ahora se presentan. En una reorientación del objetivo inicial de la excavación completa de la fortificación, decidimos centrar los trabajos en el torreón parcialmente visible en superficie y que había sido objeto de sondeos en excavaciones antiguas. El acceso a una financiación adecuada de los trabajos que nos permita contar con un equipo de profesionales podría completar la excavación y con ello el estudio que a continuación presentamos. Pese a las limitaciones señaladas, contamos con un destacado caudal de información que nos permite avanzar en el conocimiento de las estrategias defensivas y los modos de representación del poder ibérico de la zona.

Figura 3.1. Topografía de El Puig. Distancia de curvas de nivel: 0,5 m.

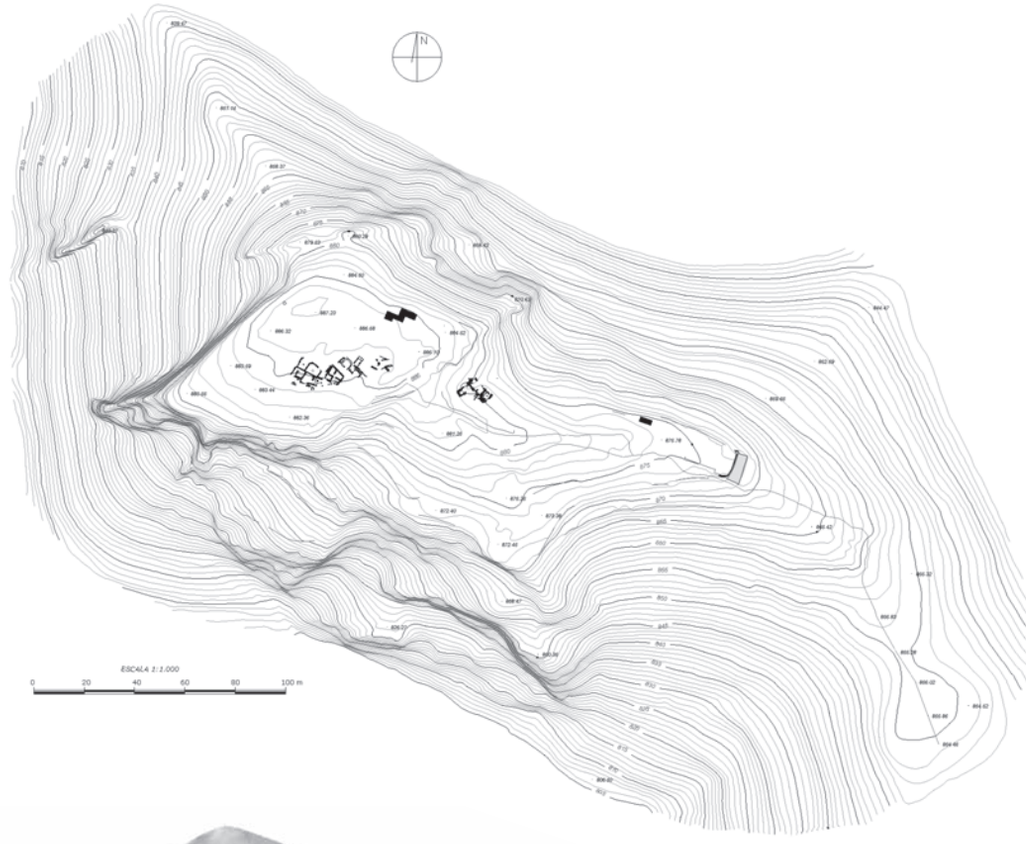
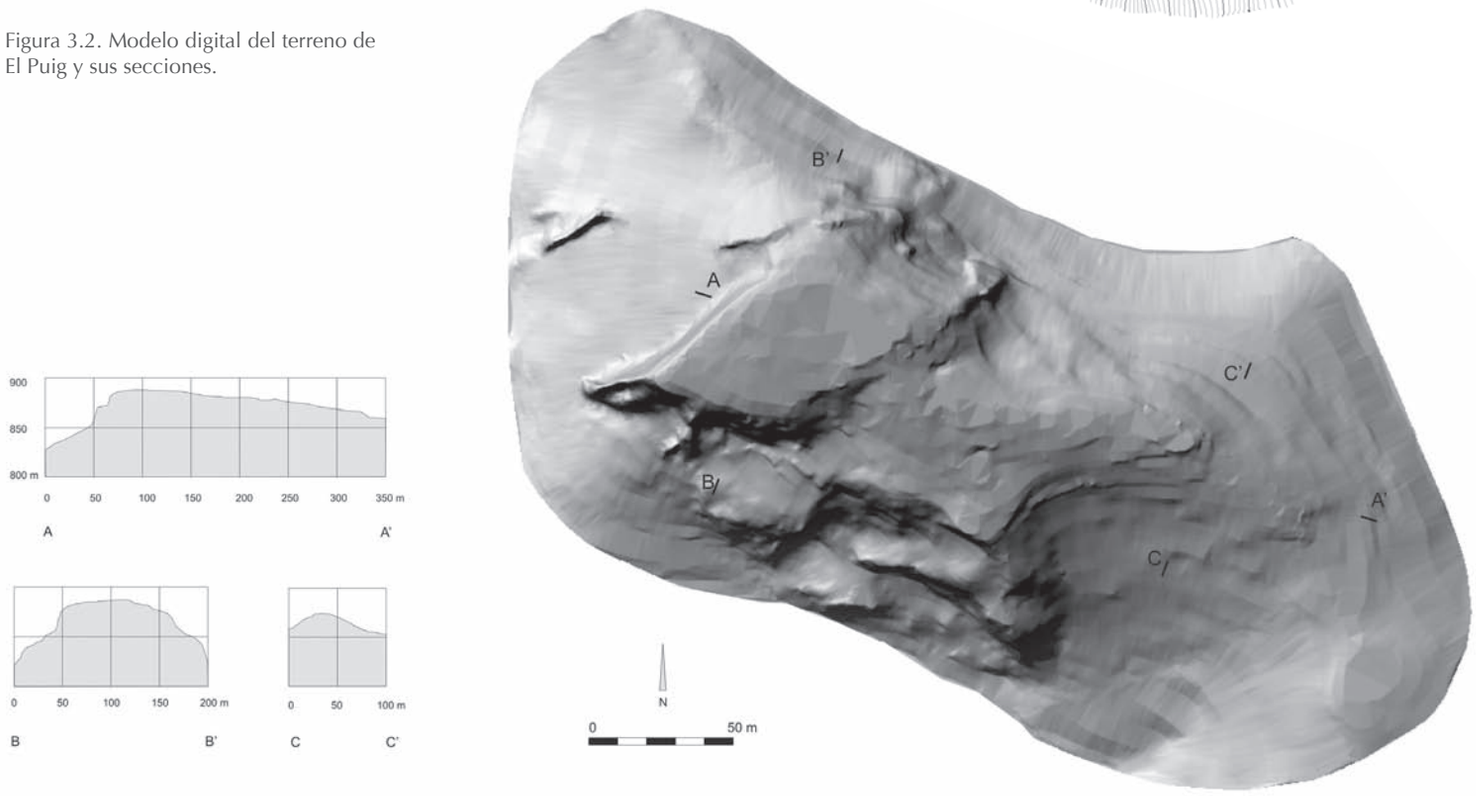


Figura 3.2. Modelo digital del terreno de El Puig y sus secciones.



3.1. UN EMPLAZAMIENTO INEXPUGNABLE

Es frecuente describir los poblados de altura como espacios de hábitat que buscan las condiciones favorables que le proporciona la situación topográfica. Tras este enunciado genérico, es especialmente relevante el análisis detallado del soporte físico del hábitat que permite identificar las pautas de accesibilidad y movilidad que determinan las razones de la selección de un determinado emplazamiento.

Para nuestro propósito vamos a proceder a explorar determinados aspectos derivados de la topografía del cerro como son las pendientes y líneas de angulosidad que marcan los cambios de planos de inclinación con la finalidad de sectorizar las áreas del solar del poblado. Para ello partimos de una topografía detallada del cerro con curvas de nivel cada 0,5 m en formato digital[1](fig. 3.1).

La topografía de detalle ha sido la base con la que hemos confeccionado un modelo digital del terreno con una resolución de celdilla de 0,5 m que hemos empleado para la elaboración de productos derivados como secciones del cerro (fig. 3.2) o imágenes de su aspecto tanto desde perspectivas cenitales, como desde diversos puntos cardinales (fig. 3.3).

La utilización del modelo digital del terreno ha servido igualmente para la elaboración de una cobertura de pendientes del cerro con que analizar detalladamente la superficie sobre la que se erigió el poblado y los límites impuestos por la inclinación de sus laderas (fig. 3.4). El mapa de pendientes permite identificar una zona amesetada en la parte cimera del cerro que cuenta con espacios aplanados de pendientes en torno a 5-10º, siempre menores a 15º, que constituye la principal zona de asiento de las construcciones de hábitat. Este sector se subdivide en una zona cimera de forma romboidal, tradicionalmente denominada "Corona", al noroeste del poblado. Inmediatamente al sureste se dispone un rellano inferior, también de forma aproximadamente trapezoidal.

El sector de la Corona está perfectamente enmarcado por cambios bruscos de pendiente que fracturan el plano superior con desniveles de más de 65º en sus lados noreste, sur y oeste, convirtiéndose en planos subverticales con más de 10 m de caída. Únicamente existe un corredor accesible en el lado sureste.

El rellano inferior presenta acusadas pendientes en su sector meridional, con paredes rocosas que alcanzan los 75º de inclinación que en algunos sectores se extienden en forma de farallones verticales. El extremo norte del cerro presenta pendientes inclinadas menos acusadas que en los restantes costados y pegado a este reborde se localiza un potente muro seco de abancalamiento que posiblemente enmascara el recinto fortificado del poblado. Este muro parte del sector oriental, donde se ubica la fortificación en el acceso al poblado, en dirección oeste por el reborde septentrional de la meseta. De igual forma se identifica en el extremo sureste, donde se ha identificado un lienzo de muralla que parte de la torre (véase páginas sucesivas) en dirección oeste para cerrar el corredor de acceso al poblado.

En resumen, podemos señalar dos aspectos principales del análisis morfológico del terreno donde se ubica de El Puig.

1. El poblado se ubica en un espacio aplanado de meseta claramente delimitado por cambios bruscos de pendiente. Este espacio habitado está compuesto por dos zonas contiguas: una más elevada, la Corona, de aproximadamente 4500 m^2 y una inferior de forma trapezoidal de aproximadamente 9000 m^2 que se alarga en forma de corredor de acceso hacia el este. Cabe decir que esta meseta en la actualidad tiene su superficie modificada por la existencia de abancalamientos agrícolas de principios del s. XX y es muy probable que parte de estas terrazas aprovechen plataformas ibéricas de acondicionamiento del espacio.

2. Los rebordes del solar habitado se encuentran orlados por fracturas bruscas de la pendiente que constituyen las defensas naturales del poblado. Se trata de planos subverticales de roca que hacen innecesaria la erección de murallas, pues es imposible atravesarlos. Como consecuencia, los únicos sectores donde se debe construir defensas artificiales son los flancos orientales y septentrionales. De hecho, estos son los únicos espacios donde se han detectado construcciones en superficie, aunque cubiertas por las terrazas agrícolas modernas.

Se puede concluir que la comunidad que habitó El Puig seleccionó muy cuidadosamente el espacio para emplazar su poblado, especialmente su extensión y morfología. Se escogió un amplio lugar, de casi 1,5 hectáreas, de lo que se deduce que la comunidad que habitó el lugar era o preveía ser numerosa, o al menos mayor que la de periodos anteriores que ocupaban superficies mucho menores. No se escogió el punto más elevado del territorio, sino el más enriscado. El cercano Alt de les Florències, localizado a apenas 300 m en línea recta, se eleva una decena de metros sobre El Puig, destacando en altura sobre el paisaje, pero no por su aspecto, pues carece de pendientes acusadas en forma de acantilados, un elemento clave. Ello nos indica que El Puig fue escogido porque era prácticamente inexpugnable debido a sus límites naturales infranqueables, por lo que se preveía únicamente la construcción de una defensa en barrera en el único punto accesible. Es precisamente en ese espacio de acceso donde se ha centrado la excavación arqueológica.

3.2. LA EXCAVACIÓN DE LA FORTIFICACIÓN[2]

Los trabajos arqueológicos centrados en el sector del torreón tuvieron como objetivo la identificación y análisis de las formas constructivas, los componentes estructurales y los modos de construcción del monumento. Con esta finalidad se decidió actuar en

1 La topografía de detalle del cerro ha sido realizada por I. Segura Martínez, a quien agradecemos no sólo esta labor, sino su colaboración en este proyecto.

2 En este epígrafe se recoge una versión corregida y ampliada del artículo publicado por los autores en el núm. 19 de la revista *Recerques del Museu d'Alcoi*, en que se dio cuenta de los trabajos en la torre. Fundamentalmente incorporamos ahora algunos aspectos interpretativos sobre el sentido de la fortificación.

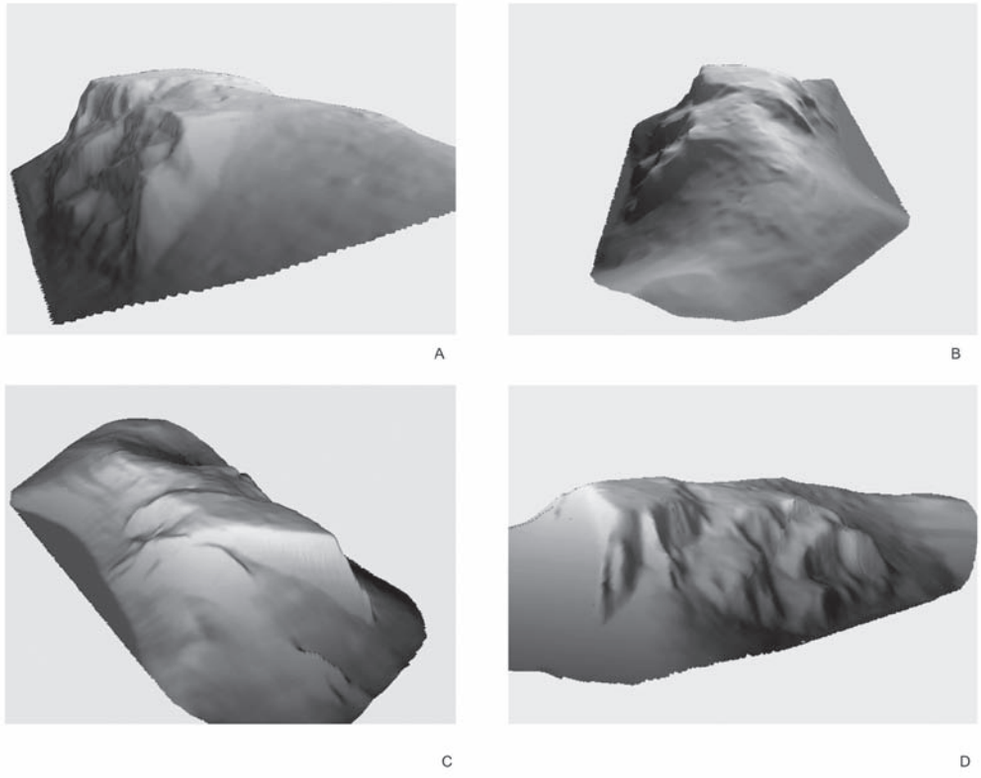


Figura 3.3. Vistas del cerro desde el sureste (A), este (B), norte (C) y suroeste (D).

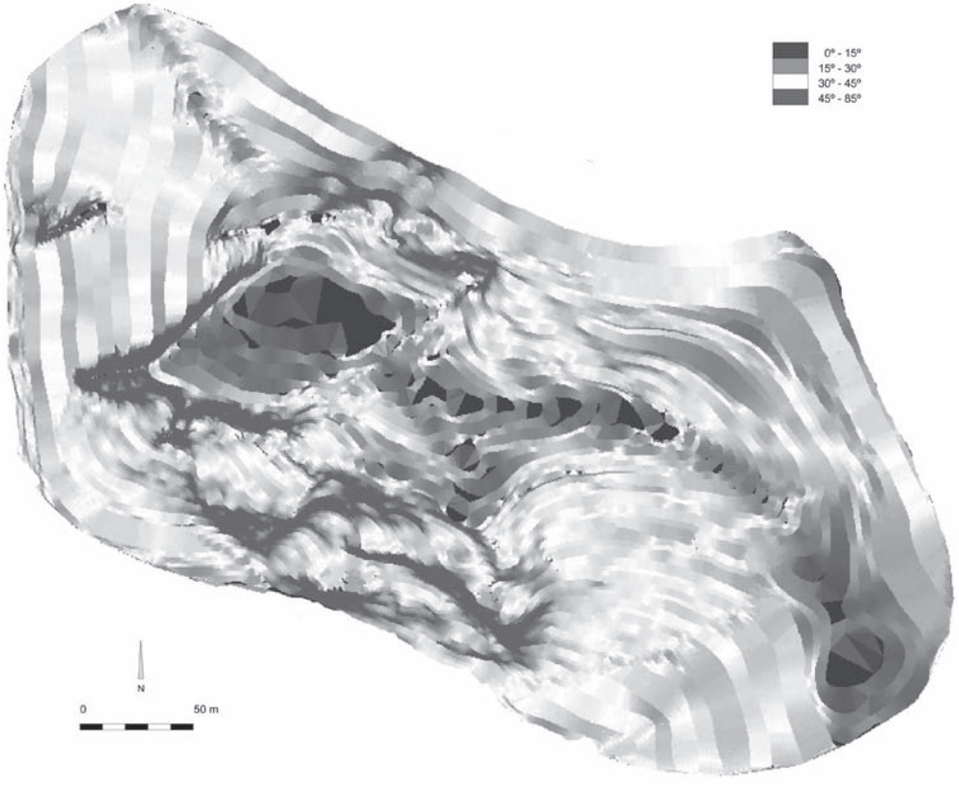


Figura 3.4. Plano de El Puig con el gradiente de pendientes

los tres frentes exteriores del torreón visible en superficie, con el objetivo de dejar a la vista los paramentos exteriores y las estructuras arquitectónicas que pudiesen adosarse a la edificación. Posteriormente, se realizaron sondeos en el relleno interior con la finalidad de conocer los materiales y las formas de construcción que fueron empleados en la erección del torreón. Finalmente se ejecutaron las tareas de consolidación de los paramentos y el realce de la edificación hasta la altura original conservada.

En primer lugar se procedió a la toma de fotografías del estado previo de las estructuras visibles de la torre (figs. 3.5 y 3.6). El edificio se encontraba enmascarado por derrubios, amontonamientos de piedra y vegetación arbustiva que dificultaba la adecuada lectura de sus paramentos. Se acometió la eliminación de arbustos y se cuadriculó el espacio perimetral del torreón que quedaba visible, para disponer de una retícula de referencia para la documentación de la excavación y el alzado planimétrico de la obra defensiva.

El eje principal de la cuadrícula se trazó paralelo al frente de la fortificación a una distancia de 40 cm; alcanzaba un total de 14 m sobresaliendo algo más de un metro por cada lateral. A partir de aquí seguía perpendicular al cuerpo principal del torreón hasta una distancia de cinco metros en el lado septentrional y siete en el meridional. Esta cuadrícula de referencia sirvió de base para los sondeos realizados, principalmente en los lados norte y sur del cuerpo principal de la edificación (fig. 3.7), pues el frente exterior o cara este se encontraba recorrido por una estrecha trinchera que dejaba a la vista el paramento.

Esta parcelación de los espacios de actuación seguía, pues, la lógica de las caras parcialmente visibles del torreón cuadrangular que paso a denominarse UE 1, pues en buena lógica formaba una sola unidad constructiva en forma de un gran paralelepípedo exento salvo por su frente occidental o cara hacia el interior del poblado, que se encontraba colmatada por potentes paquetes sedimentarios. Precisamente al actuar en este sector interior descubrimos que el torreón cuadrangular se adosaba a un potente cuerpo arquitectónico que presentaba un frente de contacto curvo con el torreón. La edificación defensiva presentaba, de ese modo, dos estructuras que pasamos a describir a continuación.

El torreón

Las principales tareas arqueológicas para la adecuada identificación del torreón han consistido en el desescombro y descubrimiento de sus caras exteriores, la eliminación de las acumulaciones del remate superior y la excavación de los rellenos macizos del torreón para identificar su modo de construcción.

CARA NORTE

La cara norte constituye un flanco lateral del torreón erigido en el extremo del estrecho corredor de tierra que constituye el acceso natural a la meseta donde se ubica el poblado. A escasos dos metros del flanco norte se encuentra una pronunciada vaguada del terreno en la actualidad tapizada por bloques de piedra constituyentes de la antigua edificación.

Figura 3.5. Vista de la fortificación desde el oeste antes de la intervención (año 2004).

Figura 3.6. Vista de la fortificación desde el este antes de la intervención (año 2004).

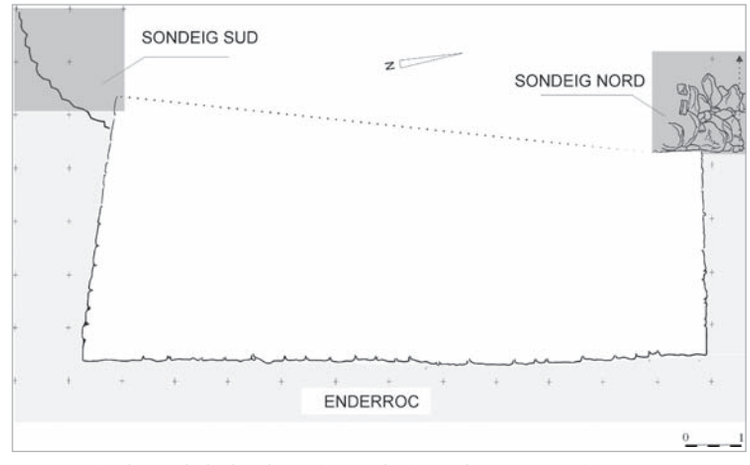


Figura 3.7. Planta de la fortificación con la áreas de intervención.

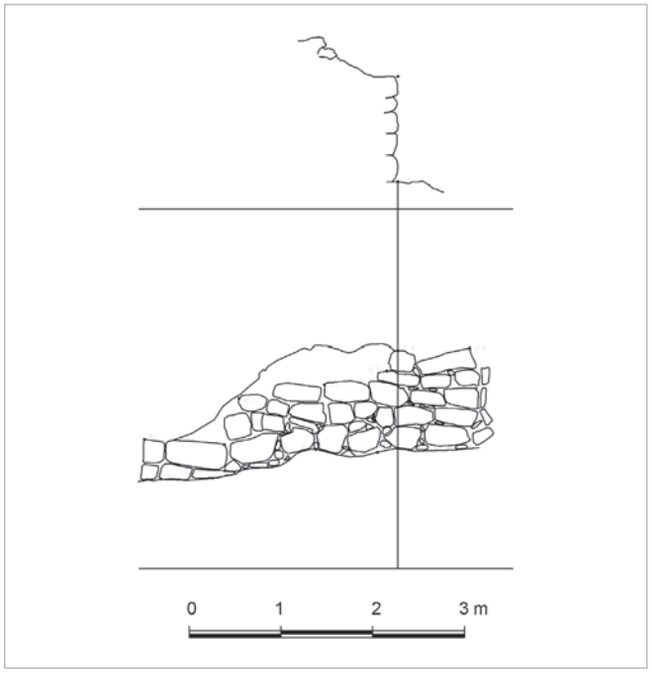


Figura 3.8. Alzado de la cara norte.

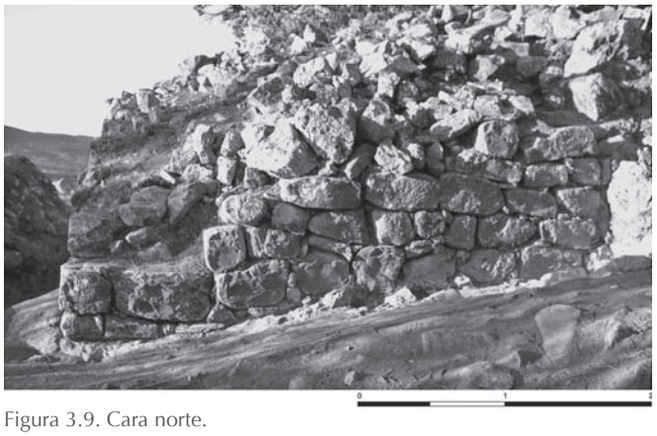


Figura 3.9. Cara norte.

La cara norte está formada por tres hiladas originales de sillarejo sobre las que aparecen algunas piedras de añadido reciente. El paramento de ésta y las otras caras va colocándose en seco y calzándose con pequeñas piedras y esquirlas que cubren las juntas dejadas entre los bloques en una forma de construcción muy particular a la que aludiremos posteriormente.

Las dos hiladas inferiores se encuentran a lo ancho de la torre, mientras que la tercera se ha deteriorado en el extremo oriental, donde ha perdido el sillar de la esquina. En este ángulo la altura preservada de la torre es de 50 cm, mientras que en el ángulo occidental se conserva hasta una altura de 105 cm. La base de esta cara lateral tiene un ancho máximo de 375 cm (fig. 3.8 y 3.9). La hilada inferior que supone la base de la torre está formada por una serie de bloques de gran tamaño con dimensiones que oscilan entre los 58-25 cm de ancho y 34-25 cm de alto. Hay 8 bloques de estas dimensiones y una piedra de pequeño tamaño ubicada en el extremo oeste. Esta hilada descansa sobre la roca madre y sobre un lecho de piedras planas de menor tamaño. La segunda hilada está compuesta por bloques más pequeños, con un tamaño que oscila entre los 38-24 cm de ancho y 20-18 cm de alto. La tercera fila está formada por 5 bloques rectangulares de tamaño mediano, entre 50-38 cm de ancho y 24-16 cm de alto. Las restantes hiladas superiores únicamente se conservan en la esquina occidental.

CARA ESTE

La cara oriental es el frente principal exterior del torreón y cierra el corredor natural de acceso a la meseta de El Puig dejando únicamente un paso hacia el sur. Frente a la torre se abre un amplio rellano de roca de aproximadamente 15 x 30 m y aunque en la actualidad crecen algunos pinos, es probable que en la antigüedad fuera un solar despejado que dejaría a la vista a los grupos que se aproximasen al acceso al poblado.

La cara oriental tiene una longitud de 11,70 m tomadas en su base y está compuesta por sillares de gran tamaño en las esquinas y de más reducidas dimensiones en su parte central. Algunos de los sillares mayores alcanzan unas dimensiones de 96 x 28 cm en la piedra en la esquina norte, 83 x 35 cm en la parte central del basamento y 113 x 27 cm en la esquina sur (fig. 3.10 y 3.11). Está construida a partir de hiladas que tienen una tendencia a la horizontalidad pero que va perdiéndose a medida que se dislocan las hiladas debido a la irregularidad de las piezas de sillarejo. Los bloques de sillarejo tienen un tamaño que oscila entre los 50-30 cm de ancho y 20-25 cm de alto.

La altura mínima conservada del frente de la torre se encuentra en la esquina meridional y es de tan solo 27 cm. En ese sector se localiza un amplio derrumbe de tierras y de las piedras esquineras que se conservan próximas a su lugar de emplazamiento original. La altura máxima se encuentra en la parte central del frente de la torre y alcanza los 211 cm. En la esquina norte también se reduce la altura conservada hasta los 50 cm.

CARA SUR

La cara sur se abre a una distancia de aproximadamente 2,5 m de la pronunciada falda de la ladera que forma una defensa natural. En ese estrecho corredor que deja hasta el inicio de la vaguada se debió situar el camino de acceso al poblado por lo que seguiría la táctica observada en otras fortificaciones ibéricas de situar la torre de defensa de acceso en el lado derecho del atacante, por ser éste su flanco más expuesto al ataque al portar las armas defensivas en la siniestra. En este lado, pues, se emplazaría presumiblemente el portón de acceso al poblado, pero posiblemente en un sector más interior del camino, pues no queda traza en el frente del torreón de ninguna estructura añadida que sugiera la existencia de la puerta.

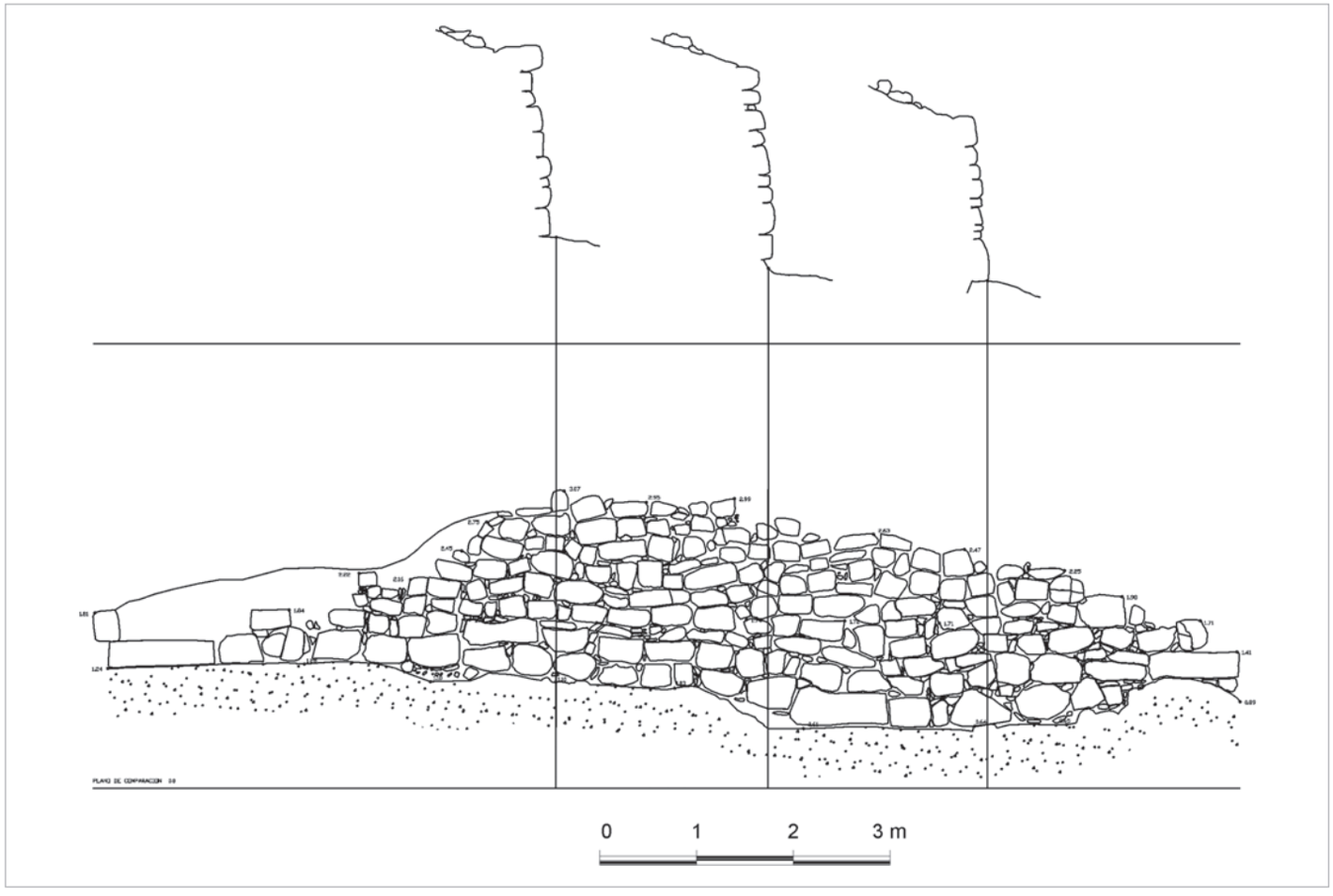


Figura 3.10. Alzado de la cara este o frontal.

Figura 3.11. Cara este o frontal.

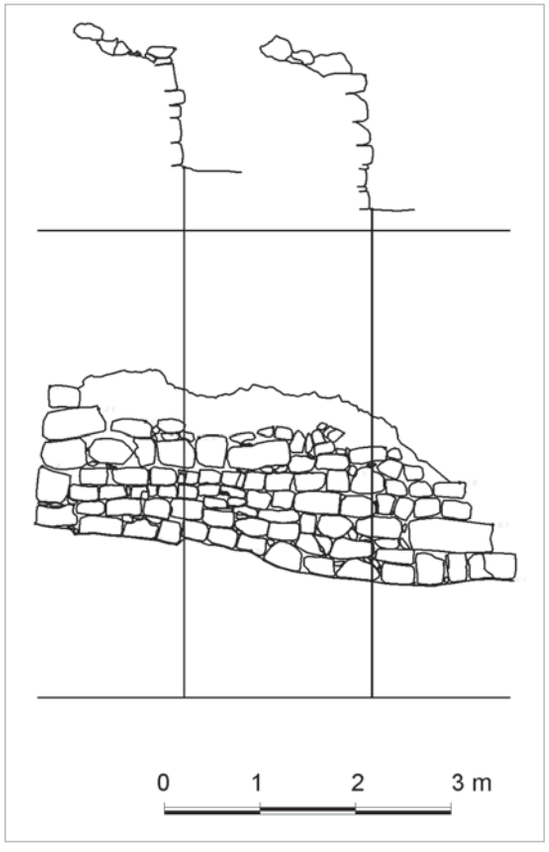


Figura 3.12. Alzado de la cara sur.

Figura 3.13. Cara sur.

La cara meridional está formada básicamente por cinco hiladas de tendencia horizontal que tienen una anchura máxima en su base de 501 cm. Se conserva una altura máxima de 153 cm en su extremo occidental y 65 cm en su esquina oriental (figs. 3.12 y 3.13).

La hilada que constituye la base está formada por bloques cuadrangulares de un tamaño semejante y con unas dimensiones del bloque mayor de 81 x 32 cm. Esta hilada de base pierde su horizontalidad para seguir el desnivel del terreno. Sobre esta base se desarrollan cuatro filas que mantienen la horizontalidad. Por encima de la cuarta hilada hay colocados bloques de gran tamaño, que se conservan principalmente en la mitad occidental, y una cantidad considerable de piedra menuda resultante de añadidos posteriores.

CARA OESTE

Como ya ha sido dicho, la cara oeste del torreón estaba completamente cubierta de paquetes sedimentarios y solo fue observada cuando se excavaron los flacos laterales que dejaron ver las esquinas y al eliminar las capas superficiales. En este sector se acumulaba una gran cantidad de piedra producto de diversos episodios modernos de remoción de la superficie del terreno. Las labores de aterrazamiento agrícola, la construcción de escondrijos de cazadores y otras acciones antrópicas, habían favorecido la concentración de casquijo en la corona superior de la torre y cubría el flanco oeste de la torre.

Las tareas de desescombro y descubrimiento de este sector pusieron en evidencia que el torreón en esta cara tenía límites precisos con una cara recta de perfil fácilmente identificable (figs. 3.14 y 3.15). Claramente se apreciaba la existencia de una hilada de sillares de esquina que formaban los extremos noroeste y suroeste del torreón a los que seguía un frente recto que no ofrecía una cara exterior sino que era un plano de contacto que se adosaban a otras obras constructivas al oeste. En la parte central se adosaba un paramento de mampostería irregular y forma curva de fábrica completamente diferente a la de la torre, que continuaba en dirección oeste hasta formar un cuerpo arquitectónico macizo a modo de bastión que describimos más abajo.

EL RELLENO INTERIOR

Una vez descubiertas las caras externas que nos permitían identificar las dimensiones precisas de la torre y su morfología externa, se procedió al vaciado del relleno interior para reconocer los materiales y modos de construcción. Podemos concluir que en la construcción de este torreón se iban alzando las caras exteriores mediante la colocación de los sillarejos con las caras menores hacia el exterior y los lados largos hincados hacia el interior para, a continuación proceder al relleno macizo interior (fig. 3.16). Una vez alzadas las paredes externas se disponían capas de piedra, grava y tierra que conformaban paquetes de aproximadamente 50 cm de espesor. Una vez alcanzada esa altura se alternaba el relleno colocando una capa de bloques de mampuesto de tamaño medio, aproximadamente 30-40 cm, sin desbastar, que constituían una hilada irregular de mayor solidez que las capas de gravas. Sobre esa capa de mampuestos se disponía de nuevo una capa de gravas y piedra de menor tamaño hasta alcanzar de nuevo un espesor de 50 cm. En la que volvía a parecer una hilada de bloques medianos. Esta sucesión de capas ha sido detectada hasta una altura de aproximadamente 2,5-3 m conservada en la actualidad.

El vaciado de los rellenos originales del torreón ha proporcionado escaso pero valioso material arqueológico que nos permite una aproximación cronológica al momento de construcción de la

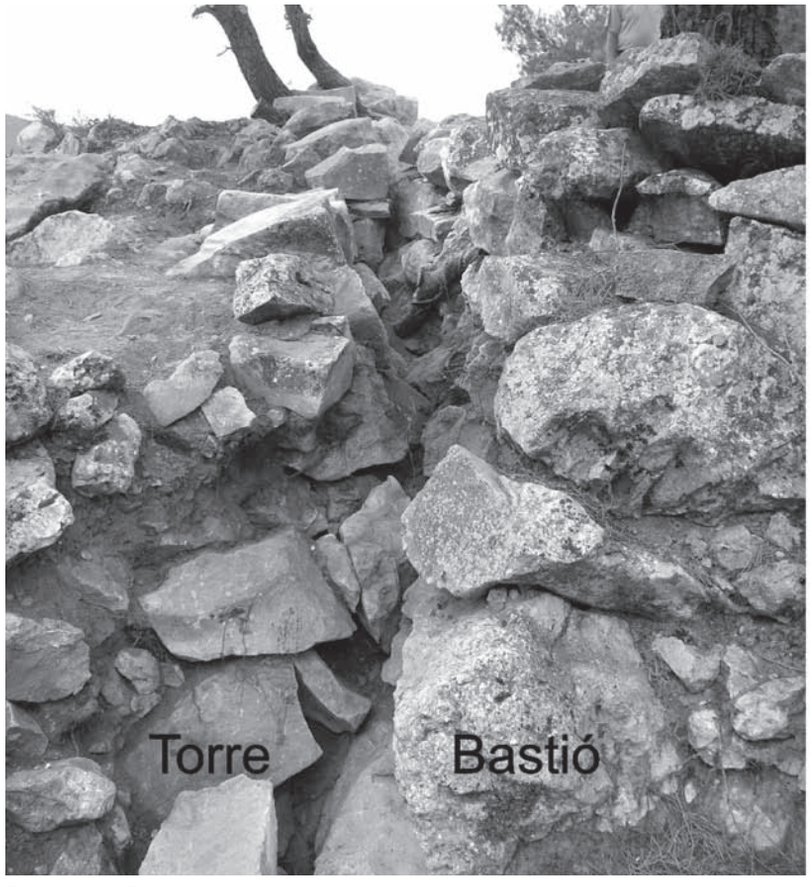


Figura 3.14. Contacto de la cara oeste del torreón con el bastión.

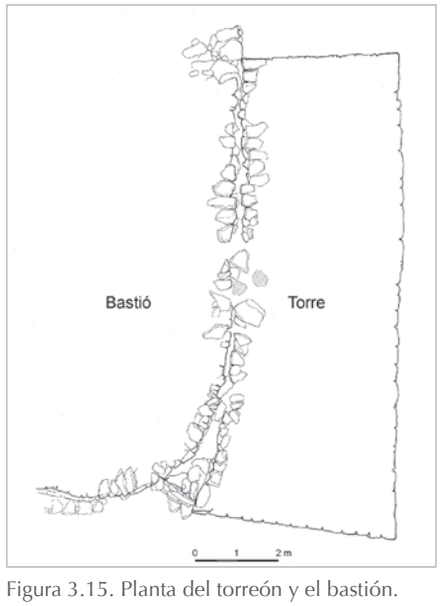


Figura 3.15. Planta del torreón y el bastión.

Figura 3.16. Relleno del torreón.

Figura 3.17. Plano cenital del derrumbe frontal del torreón.

torre. Ante la inexistencia de cimentaciones que puedan proporcionar materiales que se constituyan como elementos de datación de gran fiabilidad, debemos acudir a los materiales de relleno como criterio cronológico, con todas las reservas. En ese relleno aparecen cerámicas ibéricas pintadas y fragmentos de ánforas que se enmarcan en el periodo clásico ibérico, lo que sugiere que eran los materiales vigentes en el momento de construcción del relleno. Estas cerámicas encuentran su correspondencia con los niveles datados en los ss. V-IV aC en el poblado. En este punto conviene resaltar la importancia de la excavación en el poblado por cuanto proporciona elementos comparativos de gran valor para la datación y el marco de referencia fundamental para entender el sentido de la obra de fortificación.

EL DERRUMBE FRONTAL

Otra de las zonas de actuación ha sido el derrumbe frontal de la torre (figs. 3.17 y 3.18). Esta zona fue descubierta parcialmente en la excavación de los años 60' mediante una trinchera que discurría paralela al frente de la torre, pero de escasos 1,5 m de anchura. En la actualidad el frente de la torre estaba muy enmascarado por la terrera originada en este sondeo. Se procedió al desmonte de esta terrera y a la limpieza de la trinchera de excavación antigua. La eliminación de los sedimentos de tierra, dejaron ver *in situ* los bloques de piedra que iban apareciendo. Ello permite observar la disposición de los sillarejos de la fortificación tal cual quedaron cuando se desplomó el frente de la torre. Llama la atención la enorme dispersión de los sillares constituyentes de este flanco principal y, especialmente, la localización de algunos sillares de gran tamaño, más de un metro de longitud, a más de cuatro metros de distancia de la pared. Ello permite deducir la localización de estas piedras a una cierta altura desde donde fueron proyectadas a varios metros debido al ángulo de caída (fig. 3.18).

Entre los materiales que aparecen bajo este derrumbe y los provenientes de los sedimentos acumulados previamente a la caída de las piedras de la torre, se encontraron cerámicas ibéricas de época clásica pertenecientes a vajillas de mesa, platos y cuencos, y sobre todo ánforas de transporte y almacenaje (fig. 3.19 y 3.20). Entre éstos aparece un borde de ánfora púnica del círculo del estrecho perteneciente al tipo Ribera G o Ramón 8.2.1.1 y una copa ungulada de cerámica ática. Estos materiales permiten una datación en torno al s. IV aC que situarían el uso en este siglo y el desplome del edificio en los momentos de abandono del poblado.

Figura 3.18. Planta del derrumbe frontal del torreón.

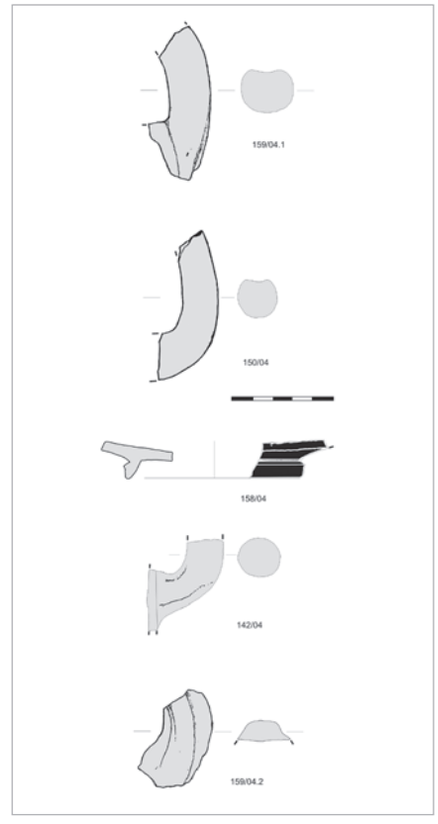


Figura 3.19. Materiales del derrumbe del torreón. Sector Norte.

En definitiva, podemos concluir que el torreón de El Puig fue construido mediante un dominio maestro de las técnicas de trabazón de la piedra en seco, pues no se han documentado restos de argamasa que ligasen los paramentos. Las paredes exteriores fueron levantadas con un sólido muro realizado sin cimentación que descansaba sobre la roca del sustrato natural del cerro, retocado para acoger la primera hilada del muro. Este murallón estaba realizado mediante la traba de bloques ligeramente escuadrados de piedra caliza local, de vetas próximas al poblado pero no localizadas *in situ*.

Los bloques pétreos se disponen constituyendo un falso tizón, es decir, con su cara larga incrustada al través en el muro, mientras que la cara corta es desbastada para proporcionarle una cara rectangular en el frente exterior. El muro de la cara frontal de la torre está ligeramente ataludado, mientras que tiene aspecto aplomado en las caras laterales. Las piezas de mayor tamaño se localizan en las esquinas de la torre, donde deben soportar las mayores tensiones de la obra, dada la mencionada ausencia de cimentaciones.

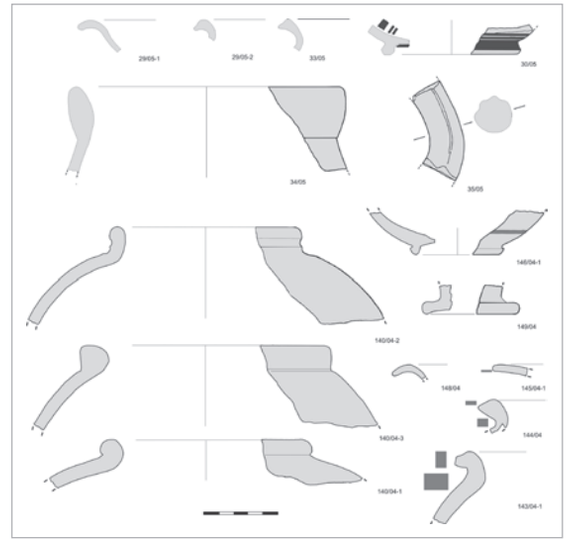


Figura 3.20. Materiales del derrumbe del torreón. Sector frontal.

Figura 3.21. Contacto de bastión con la cara norte del torreón.

Figura 3.22. Plano cenital del extremo norte del bastión.

Figura 3.23. Contacto del bastión con la cara sur del torreón.

Una vez construidas las caras exteriores del torreón se realizó el relleno macizo interior. Para ello se dispusieron capas de piedra, grava y tierra que conformaban paquetes de aproximadamente 50 cm de espesor. Es decir, toda la construcción está realizada en piedra y relleno de tierra, sin que se haya atestiguado el uso del tapial o adobe en su construcción, como ocurre en algunas fortificaciones de poblados próximos.

Esta forma de construcción podemos decir que se aparta de los modos de edificación de la arquitectura tradicional ibérica a partir de un grueso zócalo de mampostería y alzado de adobes.

El bastión curvo

Las tareas de desescombro y descubrimiento de la cara oeste del torreón de El Puig mostraron que se trataba de un cuerpo arquitectónico que se adosaban otro edificio que continuaba en dirección oeste. En superficie estos paramentos dibujan una estructura edificada de forma curva que hemos denominado UE 13 y que ha sido identificada en los extremos de contacto norte y sur con el torreón (fig. 3.15). Hasta el momento de nuestra excavación sólo se tenía conocimiento de sendos muros que se adentraban en dirección al poblado como posibles murallas de cierre; el trazado de estos lienzos parecía una prolongación de las caras norte y sur del torreón (Llobregat, 1972; Moret, 1996). Pasaremos a describir la forma de esta estructura, que hemos denominado el bastión curvo para distinguirlo de la torre rectangular, diferenciando las distintas áreas de actuación.

En la esquina norte de contacto entre el torreón y el bastión encontramos una alineación de piedra apoyada en la cara interior del torreón y que continúa dos metros más allá de la esquina para formar un saliente perpendicular a su cara norte hasta aproximarse al inicio de la ladera norte de El Puig, cerrando el espacio entre este flanco y el talud natural del terreno (fig. 3.21). Esta alineación de piedras enlazaba con un grueso derrumbe de piedra de considerable potencia y que se sitúa en el reborde del cerro, donde se inicia el talud natural del terreno. Este espeso derrumbe es la huella de un antiguo lienzo de muralla que seguiría cota de nivel donde se inicia la falda de la sierra. La excavación practicada no permitió detectar una forma claramente definida del enlace entre el extremo oriental del bastión curvo y su continuación en forma de lienzo de muralla. Por una parte, se pudo identificar con claridad la alineación de piedras perpendicular a la pendiente que estaba compuesta por una cara exterior de grandes bloques de piedras sin desbastar de 60-80 cm de diámetro que se descansan directamente sobre la roca madre (fig. 3.21). Una vez que esta estructura gira para seguir por el extremos de la ladera para prolongarse hacia el oeste la alineación se pierde entre el derrumbe de piedra. El cuidadoso desescombro no ha permitido observar claramente la cara externa de esta edificación UE 13, únicamente se preserva la primera hilada, la inferior y supuesta base de la estructura. En esa hilada se localizan bloques de mayor tamaño acomodados entre los recovecos de la roca madre (fig. 3.22).

A juzgar por la apariencia de los restos conservados, somos de la opinión de que en este extremo no se trataría propiamente de un lienzo de muralla formado por un muro grueso con su doble cara, más bien pensamos en la existencia de un único muro exterior a modo de amplia terraza que deja una plataforma elevada hacia el sur. El relleno de esta plataforma se compone de piedra sin desbastar de tamaño en torno a los 40-50 cm trabados con un barro grisáceo. Apenas aparecen materiales arqueológicos en este relleno que nos permitan una datación de la obra. Únicamente en los niveles superiores que cubren este relleno aparece cerámica ibérica y algún fragmento de vajilla ática que aportarían una cronología *ante quem,* es decir, la estructura se edificó antes de la época ibérica clásica.

La cronología relativa ofrecida por estos estratos se corrobora con la relación estratigráfica observada entre el torreón y el bastión. La torre cuadrangular, UE 1, en su cara interior oeste se apoya sobre esta alineación que forma la cara oriental de UE 13 que además sobresale un metro y medio en el lateral de la torre.

A tenor de los resultados ofrecidos por estos sondeos, contemplamos la posibilidad de que la construcción originaria está muy arruinada y sólo quedan vestigios de sus rellenos y la primera hilada de la cara exterior incrustada en la roca madre. Se trataría del extremo norte de un cuerpo arquitectónico macizo, un bastión que debió tener una cara externa en forma de muro de alzado de mampuesto irregular como se muestra en la cara sur que a continuación describiremos.

En la esquina suroccidental y cubriendo parte del frente meridional del torreón se localizaba un potente derrumbe de piedra desprendido de la parte superior de la torre al que se añadirían a los modernos amontonamientos intencionales de piedra cubriendo los lienzos antiguos. Con el propósito de descubrir la edificación original, se procedió a la excavación de este derrumbe, apareciendo un paramento exterior que partía del extremo suroccidental de la torre y siguiendo el sentido de su cara lateral se adentraba en dirección al poblado. Al igual que ocurría en el sector norte, no se trataba de un lienzo de muralla formada por un grueso muro de doble cara, en este sector se localizaba la cara externa del bastión curvo UE 13.

Detectamos en este sector el contacto entre las dos construcciones la torre rectangular y el bastión curvo, enlace que se realiza con dificultad, pues la forma de ambos planos solo permite un apoyo tangencial que se abre en su extremo. Para evitar el hueco formado por esta abertura entre UE 13 y el extremo suroccidental del torreón cuadrangular aparece un murete de mampostería irregular, UE 11, que se adosa a la torre, UE 1, y a UE 13 como una pequeña construcción –a modo de cuña– que cubre el contacto entre ambas construcciones (fig. 3.23). Este muro descansa sobre una base de bloques de mediano tamaño, a modo de una zapata irregular de nivelación.

La existencia de un cuerpo curvo y uno recto con las dificultades de engarce permite sugerir que no se trata de una construcción orgánica en la que ambos elementos fueron diseñados simultánea-

Figura 3.24. Contacto del bastión con la cara sur del torreón.

mente. La lógica nos permite suponer que dos elementos que se diseñan para ser adosados hubiesen tenido caras rectas para permitir la yuxtaposición más cómoda y sencilla. Por el contrario, los dos elementos descritos han sido engarzados con dificultad, necesitando el relleno UE 11 para cubrir el ángulo que dejaban ambas construcciones. De nuevo un argumento que apoya la hipótesis de una mayor antigüedad del bastión curvo respecto al torreón.

Hacia el interior del poblado, en dirección oeste, se ha podido descubrir hasta cuatro metros de la cara externa del bastión UE 13 en el sector donde previsiblemente deben situarse las construcciones correspondientes a la puerta de acceso al poblado. Lamentablemente, el portón debió abrirse más al interior en un punto donde hasta el momento no se excavado debido a las enormes dificultades de desescombro (fig. 3.24).

La limpieza permitió observar que la cara externa de UE 13 está realizado con un mampuesto irregular de grandes bloques de piedra, por lo general de más de 60 cms de tamaño trabadas con barro; no se preservan restos de revoco. Este material y forma de construcción contrasta con la regularidad del paramento de la torre donde además se emplea una piedra diferente de marcado color amarillento. Únicamente en el extremo occidental del sondeo aparece el alzado de muro de paramento de piedra recortada, de forma cuadrada y trabada con esquirlas, de forma semejante a la torre. Precisamente en la base de este muro de construcción más cuidada localizamos un zócalo de tres grandes piedras recortadas y perfectamente trabadas formando una zapata de base del muro. A nuestro parecer, se trata de dos facturas distintas que posiblemente remiten a dos momentos de obra distintos. El primero de ellos sería la construcción original con bloques irregulares que posteriormente sería reconstruido con las mismas técnicas y materiales que la torre cuadrangular, en el momento de erección de ésta. La práctica ausencia de materiales arqueológicos y lo escaso de la zona excavada nos obliga a ser cautos y tomar con cierta precaución esta hipótesis.

Tras la realización de estos trabajos, podemos concluir una posible construcción consecutiva de las dos estructuras que componen las defensas descubiertas hasta el momento en El Puig. El primero de estos elementos sería el bastión UE 13, cuya forma curva se explicaría por su diseño como elemento único de fortificación. De haberse previsto el refuerzo con la torre UE 1, es de suponer que se habría dotado a la construcción de una cara plana para facilitar su adyacencia. Con posterioridad y tras un intervalo difícil de precisar, se debió construir la torre rectangular que se adosa al cuerpo arquitectónico anterior. Para facilitar el engarce de ambos elementos, se cubre el ángulo muerto en el extremo meridional con el forro UE 11.

Según esta interpretación, el bastión construido con bloques sin retocar, trabados con tierra y de forma irregular debe corresponder a la primera edificación de la defensa de El Puig. Se trataría de un potente bastión que cerró el poblado en su único acceso posible mediante un taponamiento del corredor natural y la ubicación de una plataforma elevada para ubicar defensores. La puerta de esta fortificación no ha sido descubierta hasta el momento.

Con posterioridad se construye el torreón rectangular, UE 1, que supone el reforzamiento, mejora y monumentalización de la fortificación y se procede a la mejora del muro de cierre en dirección al poblado siguiendo la curva de nivel de la zona. Para esta construcción se aprovechan los restos de la edificación anterior, reparando y elevando el muro con un paramento de piedra recortada de forma cuadrada trabada con esquirlas de piedra y un zócalo regular en resalte, claramente diferenciada de la obra anterior e idéntico al torreón. Sin duda, este lienzo debe enlazar con las construcciones que compondrían la puerta y el sistema de acceso del poblado. Futuros trabajos en este sector deberán aclarar este aspecto.

La conclusión desde el punto de vista edificativo nos lleva al menos a un punto claro sobre el que basar las obras de consolidación. La torre constituye un cuerpo arquitectónico singularizado y adyacente a un bastión de obra y estructura distinta. Este elemento singular es en el que se ha actuado en las obras de consolidación y realce que a continuación describiremos.

Desde el punto de vista cronológico, la datación de este torreón remite a un momento inicial de época ibérica clásica, en torno a la segunda mitad del s. V hasta inicios del s. IV. La inexistencia de fosas de fundación impide una datación clara, por lo que la atribución cronológica debe tomarse con cautela, al estar basada en materiales poco significativos aportados por los rellenos de la torre y los detectados entre los niveles de derrumbe del edificio. Las cerámicas permiten concluir que debió erigirse hacia los inicios de época clásica y colapsarse repentinamente justo en los momentos finales de la ocupación de El Puig, hacia finales del s. IV aC.

Este torreón se adosó a un bastión curvo, preexistente y, por tanto, construido antes de fines del s. V aC. Posiblemente data de época protohistórica, deducción que se realiza a partir de los escasos restos aportados por los rellenos de la estructura y por la secuencia de ocupación del poblado. En efecto, las excavaciones realizadas hasta el momento sitúan en época protohistórica, es decir hacia fines del s. VIII, los inicios del hábitat en El Puig y debemos deducir que el poblado que buscó en las alturas de El Puig las condiciones propicias para la defensa de la comunidad, se dotó de una protección del camino de acceso. En caso contrario nos encontraríamos con el sinsentido de una población que busca el abrigo de las alturas para su defensa pero se desentiende en el momento de cubrir el flanco más expuesto ante un ataque. Más bien lo que nos enseña la larga serie de asentamientos ibéricos estudiados por la arqueología es el proceso contrario, es decir, la construcción en un primer momento del recinto y sistema de fortificación, para acondicionar y construir a continuación el espacio de hábitat según las necesidades de la población del momento. Y es plausible proponer que el mismo orden se debió seguir en el caso de El Puig y las estructuras primitivas deben corresponderse a la ocupación inicial.

3.3. TRADICIONES LOCALES E INFLUJOS MEDITERRÁNEOS

Fortificaciones de la Contestania

El análisis comparativo de las construcciones defensivas con otros dispositivos de época ibérica en el área contestana se ve dificultado por la circunstancia de que actualmente no se ha completado la excavación de todo el sistema de fortificación de El Puig. Como ya se ha señalado, únicamente se han excavado la torre y el bastión que taponan el corredor de acceso al poblado y una parte muy limitada del muro que constituye el arranque del lienzo de la muralla. Desconocemos completamente el diseño de la puerta, una parte fundamental del sistema al ser el punto más expuesto ante un ataque. Al respecto únicamente podemos indicar que ésta se ubicaría inmediatamente al sur del bastión curvo. Es posible proponer que se situaría a unos metros del corte abierto en la actualidad donde se observa un denso derrumbe de mampuestos que pudieran ser parte del derrumbe de esta construcción. En este sector, la ladera de la montaña muestra una profunda pendiente que en la actualidad se encuentra abancalada. Esta terraza podría constituir una plataforma antigua que cerrara el espacio al exterior de la puerta, reforzando el sistema de acceso. Esta hipótesis espera ser comprobada en futuros trabajos arqueológicos.

A pesar de estas limitaciones, podemos resumir algunas características que nos sirvan para insertar la fortificación de El Puig con los ejemplos conocidos en la región. Iniciaremos el análisis comparativo con el bastión que constituye el dispositivo primitivo de defensa del hábitat y que datamos en época orientalizante, c. s. VIII-VII aC. La erección de un espeso bastión de forma aproximadamente curva aunque ciertamente irregular, con grandes bloques de mampostería trabada con barro seguiría la pauta de construcción de clara raigambre indígena que caracteriza el sistema defensivo de otro poblado del área central de la Contestania: L'Alt de Benimaquia (Díes *et al*., 1991). Los dos poblados además comparten un trazado de las obras de fortificación que se extienden únicamente por las partes más accesibles al hábitat, careciendo de murallas con un completo recorrido perimetral. En el caso de L'Alt de Benimaquia el trazado únicamente se interrumpe en el flanco meridional del poblado, donde se localiza un acantilado inaccesible. El mismo caso se reproduce en El Puig con la mayor parte de las laderas de difícil acceso, especialmente los flancos sur y oeste que están formados por farallones subverticales, que hacían innecesaria la construcción de un muro perimetral completo.

El primer sistema defensivo fue reforzado en un momento que debemos situar hacia la segunda mitad del s. V, en los inicios de la época ibérica clásica. Correspondiente a estos momentos, o algo ligeramente posterior, disponemos de los ejemplos de La Bastida de les Alcuses y El Puntal de Salinas en el interior contestano, poblados con una gran afinidad en las características de su cultura material y con ciertas semejanzas en sus sistemas defensivos, aunque también claras diferencias. La primera de estas distinciones es que mientras en los casos aludidos nos encontramos con sistemas construidos en época plena, El Puig es la adaptación de un sistema preexistente que se completa en este momento con la erección del torreón en el frente avanzado de la defensa. Una segunda diferencia estriba en el grado de complejidad. A pesar de la erección del potente torreón, el principio rector del diseño de la fortificación no varía y sigue consistiendo en el taponamiento del punto de acceso al poblado en su extremo oriental, sin que exista una clara ampliación de las construcciones en otros puntos. Algo muy distinto se produce en los dos casos citados. La Bastida es una impresionante fortificación que recorre el perímetro de la ciudad, con un frente sólidamente protegido con una batería de torres y tres puertas fortificadas. Todo ello reforzado con un parapeto avanzado al lienzo de la muralla (Bonet *et al*., 2005; Bonet y Vives-Ferrándiz, 2009; Díes *et al*., 1997). En el caso de El Puntal el sistema es más modesto, pero cuenta con elementos similares y una estructura compleja en la que se encuentran tres torres, un torreón en la esquina del poblado (Hérnandez y Sala, 1996) una puerta en codo y un foso excavado en el frente de acceso al poblado. Claramente son sistemas con múltiples elementos y más complejos que el ejemplo alcoyano.

Una segunda diferencia la encontramos en los aparejos empleados en las construcciones. En el Puig se emplea únicamente un paramento de piedra escuadrada, con bloques de gran tamaño en las esquinas, y trabada en seco con esquirlas de piedra entre los recovecos resultantes. En los otros ejemplos contestanos se emplea principalmente la mampostería trabada en barro en los zócalos y los alzados de adobe, como ya ha sido dicho.

En resumidas cuentas, nos encontramos con una fortificación de época plena que guarda cierta semejanza con las de asentamientos próximos de su área cultural y que basa su principio estratégico en el reforzamiento del único punto accesible al poblado con la construcción de una torre a la izquierda de la puerta de acceso, donde situar un grupo de defensores en altura que hostiguen la llegada de un grupo enemigo. Este principio rector se mantendrá un siglo después en el sistema defensivo de la muy próxima ciudad de La Serreta (Llobregat *et al*., 1995). Sin embargo, si éstos son los rasgos que se asocian al entorno cultural contestano, también se pueden apreciar influencias de la arquitectura mediterránea del momento, como veremos más adelante.

Defensas naturales y artificiales

Existen pues claras analogías entre los poblados protohistóricos de las comarcas septentrionales alicantinas que garantizan sus defensas mediante la búsqueda de la inaccesibilidad del hábitat con una sabia combinación de elementos naturales y construidos. Si bien es una constante en la mayoría de los poblados ibéricos, esta pauta se ve exacerbada en el caso de los *oppida* de la zona central de la Contestania. En efecto, el principal obstáculo de acceso al hábitat es precisamente la ubicación topográfica en alturas destacables y siempre con flancos inaccesibles que permiten que las murallas se adapten al terreno y se pueda evitar el coste de su construcción en esos lados. Dentro de este sistema combinado de

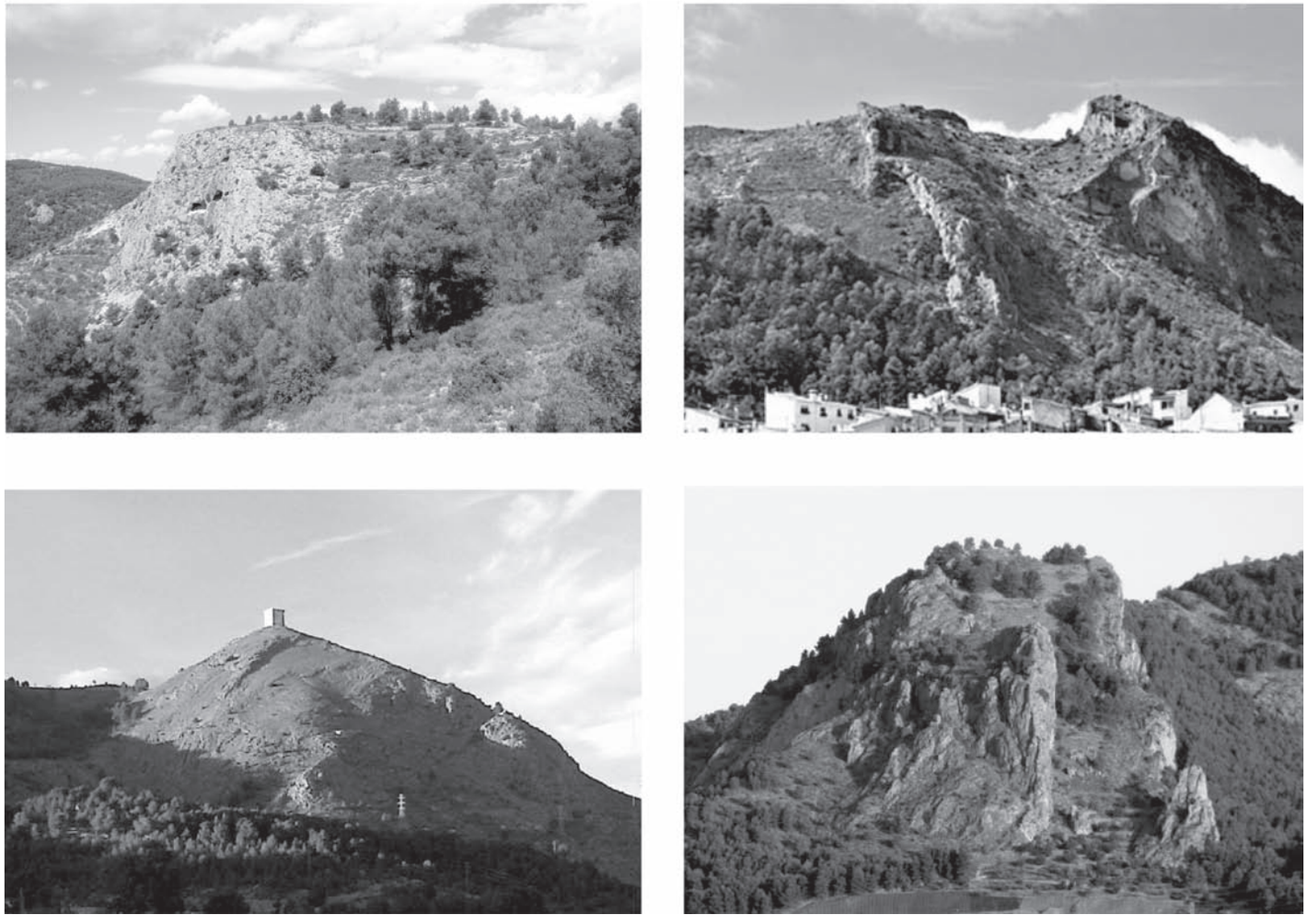


Figura 3.25: Emplazamiento destacado de algunos *oppida* de la comarca; obsérvese la existencia de resaltes rocosos muy prominentes y ampliamente visibles desde el entorno circundante. De izquierda a derecha y de arriba a abajo: El Puig d'Alcoi, El Castell de Penàguila, El Castell de Cocentaina y El Castellar d'Alcoi.

elementos edificados y naturales predominarían los primeros en el caso de Benimaquía y prevalecerían los segundos en el caso de El Puig, como hemos descrito anteriormente.

Respecto a este fundamento táctico de la inaccesibilidad del hábitat, quisiéramos hacer una observación sobre lo que nos parece que se trata de una pauta organizativa que se repite en cierto modo en el área montañosa de la Contestania. Como ya hemos indicado, la inaccesibilidad que impide el ataque sobre una población está basado en barreras que pueden ser de dos tipos: de carácter construido (murallas y fortificaciones) o de carácter natural (pendientes pronunciadas). Por lo general se aúnan la combinación de elementos construidos y naturales y por tanto deben estudiarse de forma conjunta. Es decir, los elementos a analizar en el criterio de la inaccesibilidad del hábitat serían la existencia de *obras de fortificación* y el *emplazamiento* de los poblados, como hemos visto.

En los *oppida* del área central de la Contestania se observa una selección muy precisa del emplazamiento de los poblados con la finalidad de garantizar su inaccesibilidad. Es decir, la verdadera defensa no es la obra construida sino los farallones subverticales en los rebordes del hábitat. Y estos acantilados no sólo hacían inaccesible el hábitat, sino que además generaban una apariencia de inaccesibilidad, real o ficticia, que debió contar a la hora de la selección del hábitat. En efecto, casi es posible identificar la ubicación de un poblado de altura en la comarca por la percepción distante del roquedo en los resaltes de la sierra, siempre en la cara más expuesta al valle y desde donde se percibiría esta inaccesibilidad (fig. 3.25). En definitiva, el factor defensivo natural y la percepción de aislamiento es una pauta recurrente y sin duda es un factor de localización relevante para los iberos de la región. Posiblemente este factor tiene un doble significado, por una parte en un sentido disuasorio frente al enemigo que tratase de atacar

la fortificación y por otra parte, frente a los residentes en el llano que percibirían claramente el emplazamiento del lugar principal del territorio.

La conexión púnica

Aunque la edificación y el diseño de la fortificación de la torre de El Puig encuentran acomodo dentro de los rasgos culturales del ambiente ibérico contestano, no es menos cierto que las formas constructivas empleadas, en particular el uso de la piedra descrito, se apartan claramente de los modos de construcción reconocidos en la zona. Las construcciones domésticas y las fortificaciones conocidas del ámbito comarcal muestran claramente la utilización de piedra caliza local en forma de mampuestos apenas desbastados y trabados con barro en la realización de los muros. Así se ha comprobado en las vecinas fortificaciones de La Covalta (Moret, 1996, 456) y de La Serreta (Llobregat *et al*., 1995), esta última algo más moderna pues se data a fines del s. III aC. También en las casas de estos poblados, e incluso de El Puig se construye mayoritariamente con mampuestos irregulares de piedra caliza, excepto una vivienda con un aparejo similar al de la torre, a la que aludiremos posteriormente por su carácter excepcional. Así las cosas, la forma de construir el torreón se aparta de las tradiciones del entorno inmediato.

La singularidad de este aspecto constructivo ha venido a sumarse a la identificación de otra pauta no específicamente local que se puede deducir del diseño de la torre. En efecto, una reciente tesis doctoral realizada por P. Olmos (2010) sobre los patrones métricos, arquitectónicos y urbanísticos ibéricos incorpora la torre de El Puig entre el conjunto de estudio. Este investigador realiza un estudio métrico de la torre con una asignación de dimensiones conformando un rectángulo de 12 x 5 m, que corresponde a sus lados largos, pues como hemos indicado en el apartado descriptivo, las dimensiones reales del lado norte son de 3,75 m. Ello hace que el diseño no se inscriba realmente en un rectángulo sino en un trapecio, posiblemente para adaptarse mejor al bastión preexistente. Al margen de esta salvedad, podemos asumir que el diseño original responde a una restitución métrica de un gran rectángulo de 12 x 5 que el autor no encuentra en otros ejemplos ibéricos y relaciona con el sistema defensivo de Mozia (Sicilia) en su fase del siglo V aC. (Olmos, 2010, 243). En efecto, en la fortificación de la denominada "zona de la necrópolis" de Mozia, se localiza una torre con dimensiones de 11,6-11,7 x 5-5,2 m (Ciasca, 1986, 225), es decir, idéntica en dos de sus lados a la que ahora nos ocupa. En la torre moziense se señala que la técnica constructiva empleada es la de la soga y tizón (Ciasca, 1986, 224), que, curiosamente, se puede identificar parcialmente en El Puig, al menos en el refuerzo de las esquinas. Debe entenderse esta afirmación con todas las cautelas, pues la técnica de construcción es propiamente ibérica, aunque sin ser la típica de la zona.

La restitución metrológica de la torre de El Puig lleva a considerar el empleo de un codo de 0,5 m con el que se construye un cuadrado de 10 codos, al que se le adosa otro de iguales dimensiones. Este último se alarga a partir de su radio hasta obtener un rectángulo proporcionado de 4 codos, hasta configurar una planta de 24 x 10 codos (Olmos, 2010, 244, fig. 128) (fig. 3.26).

El empleo de este codo de 0,5 m es un unidad típicamente semita basada en el codo real egipcio de 0,50-0,52 m que encontramos frecuentemente en la arquitectura fenicio-púnica (Prados, 2003, 196). A la vista de los resultados, Olmos plantea una doble posibilidad a estas medidas. La primera es la influencia púnica en el diseño previo y la unidad de medida. La segunda es que esta torre se adapte al solar en que se erige (Olmos, 2010, 244), aunque parece que el autor se decanta por la posible influencia mediterránea en el esquema constructivo (Olmos, 2010, 298).

En apoyo de este interesante influjo fenicio-púnico podemos traer otros argumentos que derivan del análisis de otras edificaciones del poblado. En concreto nos referimos a la vivienda 200 excavada en el sector 11 Fb del poblado y perteneciente a la fase del s. V aC que describiremos en detalle más adelante (véase cap. 4). Adelantando sus principales rasgos, podemos decir que se vincula al torreón a partir de sus técnicas constructivas idénticas. En efecto, es la única casa excavada hasta el momento en que se emplean bloques escuadrados de arenisca amarillenta con tamaño mediano y que se encuentran trabados con esquirlas entre los intersticios, de igual forma que ocurre en la torre (fig. 3.27). Las técnicas idénticas permiten suponer que son obra de la misma mano, y por tanto contemporáneas, lo que nos ayudaría en la datación y adscripción cultural de la torre.

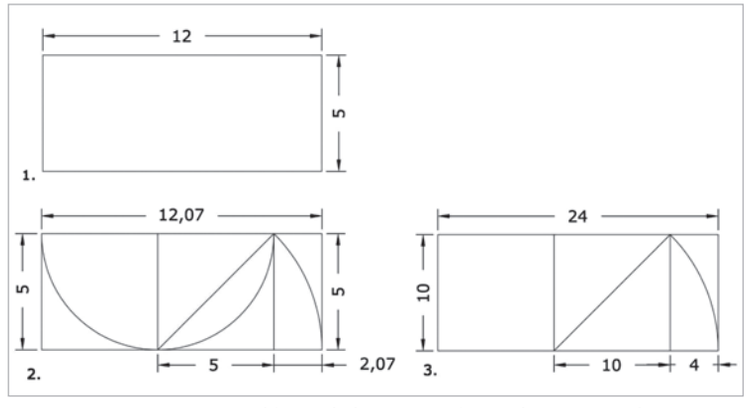


Figura 3.26. Esquema metrológico de la torre según P. Olmos (2010, fig. 128).

Figura 3.27. Paramento del torreón a la izquierda y de la casa 200 a la derecha.

La casa 200 se construye en un momento que situamos hacia mediados del s. V aC. Los niveles sobre los que se construye remiten a los inicios del periodo ibérico antiguo y el momento final de la ocupación de la casa se situaría a caballo entre los siglos V-IV aC, por lo que debemos situar su edificación hacia la segunda mitad del s. V aC. Esa datación coincidiría con la propuesta para la torre.

En lo que respecta al diseño de la casa 200, algunas evidencias permiten suponer una planificación y empleo de medidas que se escapa del carácter más espontáneo de las restantes casas ibéricas del poblado. En primer lugar, esta casa se inscribe en un rectángulo en el que se constata la construcción orgánica de los muros perimetrales con la utilización de grandes bloques de piedra como refuerzos de las esquinas. En segundo lugar estos muros principales tienen un espesor constante de 0,52 m que supera el espesor de otros muros domésticos y que de nuevo se puede relacionar con un codo púnico basado en el codo real egipcio. Por último, las dimensiones totales de la casa son de 7,3 x 4 m. Estas dimensiones son las que se emplean en las casa de la fase del s. VI en La Fonteta de Guardamar del Segura. Allí se ha podido documentar un esquema preconcebido basado en ese módulo que se empleó en la construcción de tres casas adosadas a la muralla (Rovillard, 2007, 152-155). Este diseño estaría basado en el empleo de unas medidas de 14 x 8 codos que seguirían una proporción de 9 a 5 (1,8) resultado de la descomposición de los dos lados del rectángulo. Esta proporción tiene su representación en otras edificaciones fenicias de la Península Ibérica, como la fortificación de Málaga, aunque este ejemplo tiene unas dimensiones mayores con 18 x 10 codos (Olmos, 2010, 61-62). Lo destacable en los casos malagueño y alicantino es el empleo una unidad de medida y una proporción idénticas.

Más allá de la identificación de este patrón metrológico, queremos destacar la posible existencia de influencias mediterráneas llegadas desde el litoral sur-alicantino, como probaría la extraordinaria identidad de tamaños, o a través de otros vectores. Lo que nos parece fuera de toda duda es que en la construcción de la fortificación de El Puig se emplearon diseños y medidas que llegados del Mediterráneo sirvieron para una obra defensiva propiamente ibérica en sus formas constructivas y en su estrategia defensiva.

3.4. VER Y SER VISTO: DEFENSA, VIGILANCIA Y DOMINIO SIMBÓLICO.

En este último punto queremos hacer referencia a los mecanismos concretos de defensa y dominio de la fortificación que se puede deducir del diseño de la fortificación y su interrelación con el territorio.

En primer lugar debemos hacer referencia al debate sobre la función de las fortificaciones en el mundo ibérico y el papel de la defensa de El Puig en relación con sus usos concretos. La discusión se ha presentado a partir de una serie de artículos presentados por F. Gracia, por una parte, y P. Moret y F. Quesada, por otro. El primero defiende que las edificaciones ibéricas de época plena se insertarían en las fórmulas tácticas del Mediterráneo. En ese momento se desarrollarían las fórmulas de defensa activa en las fortificaciones que deben hacer frente al uso de maquinaria de guerra y el desarrollo de sitios ante los poblados. Las nuevas formas de guerra alcanzarían el mundo ibérico gracias a la participación de mercenarios en los conflictos del Mediterráneo del momento. Para hacer frente a este tipo de combate se desarrollan formas arquitectónicas, como las torres pentagonales de El Castellet de Banyoles, en Tivissa, cuerpos de barro o puertas complejas (Gracia, 2000).

Frente a esta fórmula de guerra activa, P. Moret y F. Quesada, desde diferentes perspectivas defienden una forma de guerra pasiva y de corte homérico. Combates que serían coincidentes con el perfil heróico del concepto de poder de la sociedad ibérica (Ruiz, 2007, 767).

Según estos autores la forma característica de los conflictos ibéricos sería la *razzia* por sorpresa que en ocasiones podría derivar en los combates singulares o en combates en campo abierto de dos grupos alineados en fuerzas estructuradas de infantes ligeros del tipo *peltastai* que podrían actuar tanto en formación o como tropas ligeras. La finalidad de estos enfrentamientos sería obtener botín y prestigio y no un enfrentamiento masivo y de aniquilación con ejércitos organizados. Esta forma de combate alcanzó los territorios de Iberia con los enfrentamientos de la Segunda Guerra Púnica. Aunque se conocían los modos y tácticas de guerra del Mediterráneo, posiblemente por la participación de mercenarios ibéricos en los enfrentamientos de Sicilia, es poco probable que se hubiesen adaptado a los enfrentamientos locales (Quesada, 1997; 2003; Moret, 1996). En ese contexto, las fórmulas de defensa y las soluciones arquitectónicas iban destinadas a la erección de fortificaciones simples que se destinasen a ofrecer dominio visual del territorio, tanto de sus accesos como del espacio inmediato al *oppidum* y a cerrar el acceso al hábitat para proveer a la población del poblado y el territorio de refugio temporales mientras duraba el ataque.

Coincidimos con estos autores en el concepto de enfrentamiento ibérico y vemos en la solución concreta de la edificación de El Puig un ejemplo claro de adecuación a esta forma de combate. La erección de esta torre en el punto más accesible responde simplemente a la voluntad de cerrar el acceso y disponer de una plataforma elevada desde donde responder al ataque de un grupo hostil. Es impensable la utilización de maquinaria de guerra en un punto tan enriscado como la cima de El Puig.

Además del principio táctico de impedir el acceso, la construcción de la torre de El Puig debió responder a otras razones, a las que atribuimos gran relevancia. La existencia de un bastión preexistente ya garantizaba la obstaculización del acceso y ofrecía una plataforma elevada donde situar los defensores, incluso más cerca de la puerta de acceso al poblado, de lo que se deriva que la torre cuadrangular únicamente completaría el sistema de defensa. A nuestro parecer, además de la función defensiva del

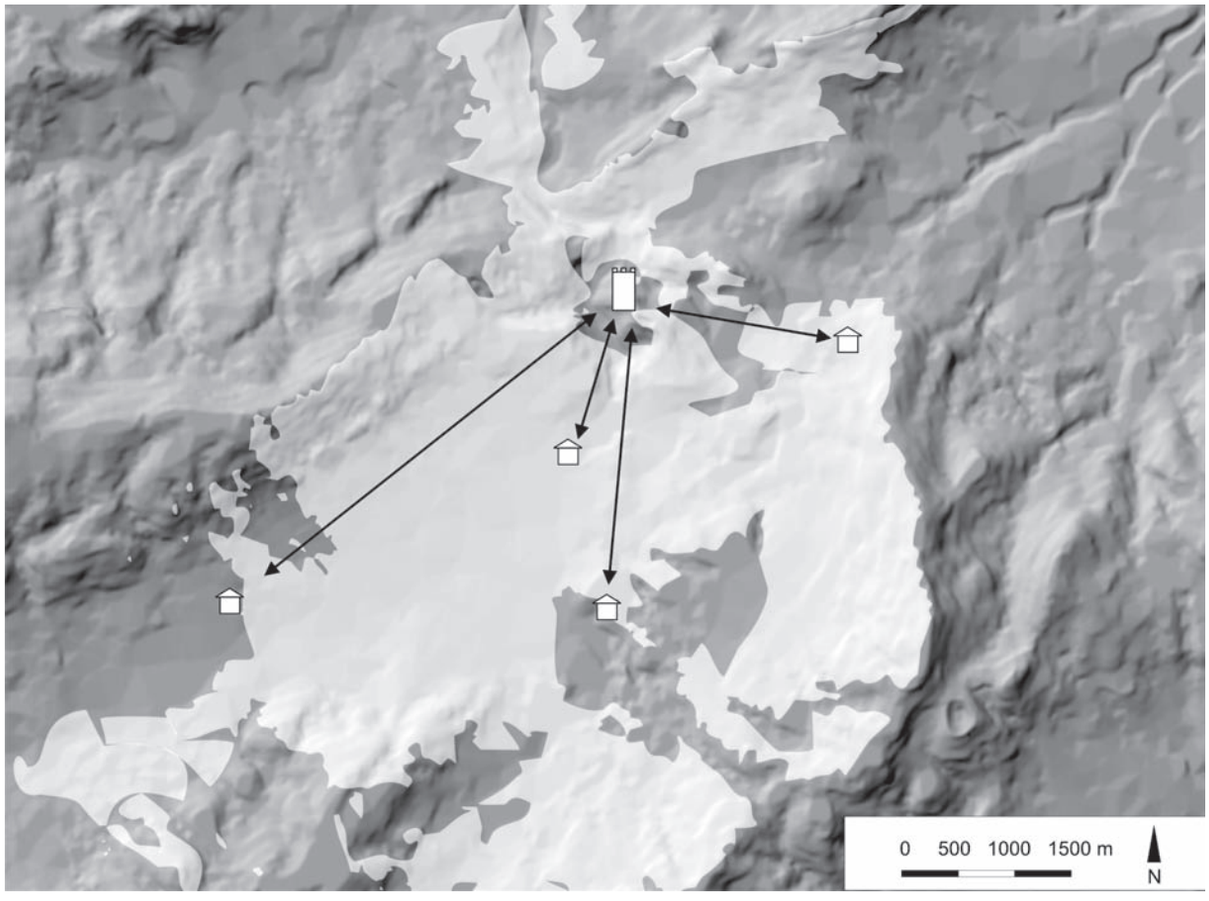


Figura 3.28. Interrelación visual entre El Puig y los asentamientos dependientes.

poblado, la fortificación debe leerse en clave territorial, pues es el elemento más perceptible de todos los componentes antrópicos que compusieron el paisaje ibérico. Posteriormente dedicaremos un capítulo monográfico al análisis detallado de la configuración del paisaje y territorio ibérico de La Canal, pero al referirnos ahora a la fortificación queremos señalar algunos aspectos relacionados con el dominio e impacto visual sobre el territorio y sobre los asentamientos dispersos. El aspecto alomado de los terrenos de La Canal genera algunos espacios no visibles desde el *oppidum*, por el efecto de bloqueo de los relieves, especialmente hacia el extremo sur. Sin embargo, todos los asentamientos campesinos de llano se encuentran dentro del campo visual de El Puig (fig. 3.28).

No cabe duda de que la construcción del torreón de El Puig reforzaría ampliamente esta visibilidad, componente estratégico de primer orden. En efecto, la posición avanzada de la torre y a una altura que se estima en más de cinco metros, ofrecería un observatorio inmejorable para el control del espacio territorial del *oppidum* ibérico, que se extiende por toda la partida de la Canal, y sus vías de acceso. Este dominio visual es fundamental para ejercer un control efectivo del territorio y prevenir el efecto sorpresa en caso de ataque.

Pero al referirnos a la visibilidad no sólo debemos tener en cuenta la visibilidad desde el poblado hacia el territorio, sino también en sentido inverso. Es decir, no sólo debemos atender la posibilidad de "ver" sino también la de "ser visto". La ubicación del torreón y su diseño lo hacía perfectamente perceptible desde cualquier punto del territorio de El Puig. De esa forma, un grupo hostil que se introdujera en este espacio sabría donde se encontraba la fortaleza refugio de la población y las dificultades que significaría tratar de acceder a ella.

Pero no sólo los enemigos verían la fortificación en la distancia, un aspecto relevante es que la relación visual es especialmente clara entre el *oppidum* y los asentamientos dependientes dispersos por el territorio (fig. 3.28). Esta interrelación visual puede interpretarse con dos significados muy distintos. Por una parte, el *oppidum* garantiza la seguridad de sus núcleos dependientes y en caso de peligro ante un ataque exterior, el poblado podría dar la señal de alarma mediante señales visuales claramente observables desde los asentamientos rurales.

Pero puede ser entendida como una clara muestra de la subordinación de los núcleos rurales. Podemos relacionar la constante presencia visual del torreón en los horizontes visuales percepti-

bles desde los núcleos agrícolas con la voluntad de proyectar un continuo efecto de vigilancia e inspección sobre el valle que se extendía a sus pies. Este sentido ha sido poco explorado en los estudios de arqueología, mucho más preocupados por los significados funcionalistas de control del territorio que sobre otros efectos cognitivos y los impactos visuales en la construcción de los paisajes simbólicos.

Los estudios en ciencias sociales que han abordado los aspectos de control social a partir de los efectos de vigilancia tienen su referencia fundamental en el trabajo *"Surveiller et punir"* de M. Foucault (1975). El filósofo francés elaboró una teoría sobre las formas modernas de disciplina y obediencia basadas en el control psicológico frente a los modos pre-modernos basados en el castigo físico y las ejecuciones. Para ilustrar las formas modernas de control disciplinario, Foucault reelaboró la idea del *Panopticon* o "casa de inspección" del filósofo británico del s. XIX J. Betham, una instalación que permitía someter a control a reclusos en instituciones disciplinarias y reformatorios. Según este principio, la sociedad moderna se encuentra sometida a un férreo control social basado en la estrategia de sentirse vigilado por quienes detentan el poder, en ocasiones aleccionado por dispositivos reales como los circuitos cerrados de televisión (Foucault, 1975).

Aunque Foucault distinguía claramente esta forma de control simbólico frente a las fórmulas de control y disciplina más físicas propias de época pre-moderna, nada impide llevar estas estrategias a contextos históricos antiguos, como propone Y. Yekutieli (2006) en su estudio de los sistemas de vigilancia antiguos en el desierto de Judea. Nos hacemos eco de estas propuestas en el análisis de la función del torreón de El Puig.

Los grupos campesinos dependientes debieron encontrarse continuamente vigilados o bajo la sensación psicológica de dominio por la posición elevada del *oppidum* y el control visual que ejercía sobre el entorno. Las fortificaciones, como el monumental torreón, enfatizaban la proyección visual del asentamiento de altura. De ese modo se creaba una escenografía de poder que reforzaban la permanente sensación de encontrarse bajo la inspección de un vigía pétreo en el asentamiento de los señores.

No cabe duda que los significados simbólicos y de representación estaban plenamente presentes en el momento de edificar un torreón con grandes bloques de piedra que se transportaron hasta el poblado desde vetas cercanas al poblado y no usando piedra extraída *in situ* como la utilizada en el bastión protohistórico. El poder adquirido por el *oppidum* de época plena se manifestaba, al igual que en las otras ciudades ibéricas, a partir de la principal obra colectiva (Moret, 1998).

Pero la fortificación no es sólo la expresión de un poder centralizado y el producto del orden social, es también testimonio de un proceso. La edificación de esta torre muestra un esfuerzo organizativo y de recursos muy superior al de la obra anterior. Prueba de ello es que hubo de desplazarse materiales desde canteras cercanas, pero claramente diferenciadas de la roca local, piedra que fue elaborada en forma de sillarejo con gran trabajo de cantería y planificación y finalmente colocada de forma precisa con un ajuste de los bloques con esquirlas hasta configurar una forma geométrica de gran regularidad. Como han señalado algunos autores, las prácticas de construcción colectiva son una potente forma de intercambio social (Barrett, 1994). En la edificación se interrelacionan los procesos de trabajo de la comunidad en una acción que perdurará en el tiempo en forma de recordatorio material de la identidad colectiva.